

repitiendo varias veces, «*Acolhua, Méjico.*» Grijalva y los suyos ignoraban que existiesen dos poderosas naciones que llevaban aquellos nombres, y despidiéndose de los tabasqueños, continuaron la navegacion. Varias fueron las poblaciones que iban descubriendo á lo largo de la costa; pero siguieron su viaje sin detenerse, hasta que llegaron á un rio que llamó la atencion de los españoles por una circunstancia notable.

En varias canoas de vasta capacidad que se hallaban en la orilla, se veian centenares de indios, tremolando blancas banderas que adornaban el remate de unas largas lanzas que empuñaban. Con las manos y con el movimiento de las banderolas hacian señas á los españoles, invitándoles á que saltasen á tierra, donde serian bien recibidos. Grijalva dispuso que el capitán Francisco Montejo se acercase con los arcabuceros y ballesteros en los botes, con objeto de que se informase si la actitud de los indios era hostil ó amistosa. La recepcion fué altamente lisonjera, y Grijalva saltó en seguida, con la demás gente, recibiendo, de los naturales, las demostraciones mas inequívocas de consideracion y aprecio. Tres caciques se hallaban esperando á los españoles con objeto de obsequiarles. En cuanto desembarcaron, les condujeron á una magnífica y próxima arboleda, donde les presentaron pavos, pan de maíz, piñas, zapotes y otras frutas de sabroso gusto. Grijalva trató de entrar en conversacion con los caciques por medio de los dos indios intérpretes Julian y Melchor; pero los habitantes hablaban otra lengua muy distinta que la de Yucatan, y solo pudieron darse á entender por señas.

Con efecto, el país en que se encontraban los castella-

nos pertenecia ya á los dominios del emperador mejicano Moctezuma II, donde el idioma no se parecia en nada á la lengua maya de los yucatecos. La provincia en que se hallaban estaba sujeta á la corona de Méjico, y en ella habia un gobernador mejicano puesto para vigilar sobre el pago de los tributos. La causa de la brillante recepcion hecha á Grijalva y sus compañeros, fué debida á la tradicion que existia en los distintos reinos sujetos al imperio mejicano, de que llegarían del lado de donde sale el sol unas gentes enviadas por el dios del aire Quetzacoatl, quien, al ausentarse del país, habia ofrecido que les enviaría sabios individuos que le gobernasen y á los cuales debian obedecer.

Ya he dado á conocer, al hablar de la religion de los mejicanos, de su gobierno, de su estado de cultura y de sus costumbres, el punto relativo á la tradicion referida, y omito, por lo mismo, el ocuparme de ella.

Los caciques, persuadidos de que los españoles eran los enviados por el dios del aire Quetzacoatl, les miraron como á seres sobrenaturales, y llenos de profundo respeto hácia Grijalva, le incensaron con copal y otras diversas resinas aromáticas con que incensaban á sus divinidades y á sus reyes.

Grijalva, agradecido á las demostraciones de aprecio, les hizo varios regalos de abalorios y cuentas verdes, que era el obsequio de mayor precio para los caciques, reinando en todos la mayor armonía. No quisieron los caciques dejar sin recompensa el presente del jefe español, y ordenando á sus vasallos que trajesen todas las piezas y adornos de oro que tuviesen, los entregaron á los

españoles, ascendiendo el valor de ellos á cosa de quince mil duros (1).

Seis dias permanecieron los españoles en este sitio recibiendo de los indios las mas sinceras pruebas de aprecio. Grijalva, despues de despedirse afectuosamente de los caciques, volvió á los botes que estaban en el rio, acompañado de un numeroso gentío. Deseando dejar grata memoria entre los habitantes de aquella provincia, regaló á los indios camisas y vistosas cuentas de vidrio, y poco despues entró, con toda su gente, á bordo de los buques, llevando en su compañía á un indio que quiso marchar con él. El jefe español puso al rio que acababa de dejar, el nombre de *Rio de Banderas*, por la circunstancia que referida queda, y siguió su viaje por la costa.

Isla de Sacrificios. Origen de su nombre. Navegando siempre con viento favorable, descubrieron los expedicionarios una islita con algunos edificios de cal y piedra, que se hallaba á distancia de legua y media de la tierra firme. Grijalva, viendo que había en ella un sitio cómodo y seguro donde surgir, mandó echar anclas, y pasó con su gente en los botes á la isla. Varios edificios y templos espaciosos, hechos de cal y piedra, se presentaron á la vista de los españoles. El deseo de saber lo que había en los santuarios, les hizo entrar en uno, y se encontraron con cinco indios que habían sido sacrificados la noche anterior por los sacerdotes. Era la vez primera que los expedicionarios veian personas sacrificadas á los dioses, y ésto hizo que pusiesen al sitio en que se hallaban el nombre de

(1) Tal vez el Sr. Prescott y el historiador Gómara colocaron lo que pasó en este lugar, en la página en que hablan de lo acaecido en Tabasco.

*Isla de Sacrificios*, con que es conocida hasta el dia. Despues de haber cambiado con sus habitantes algunas cuentas de vidrio, tijeras, cascabeles y otras bagatelas por algunas insignificantes piezas de oro de poco valor, pasó Grijalva á otra isla próxima, que presentaba sólidas casas y elevados templos. El jefe expedicionario, admirado de la belleza de uno de los santuarios, quiso conocerlo interiormente. Al penetrar en él con varios españoles, se encontraron con cuatro sacerdotes de aspecto repugnante, incensando á un monstruoso ídolo, al cual acababan de sacrificar dos niños. La vista de las dos inocentes víctimas y las manchas de sangre de que estaban cubiertas las paredes del santuario, hizo á los españoles apartar con horror la vista de los sangrientos objetos y bajar del templo. Preguntó Grijalva al indio que se había unido á los españoles en el *Rio de Banderas*, el motivo de haber sido sacrificados los dos niños, y haciendo señas hácia el interior del país que estaba en frente de la isla, repitió varias veces la palabra *Acolhua*. El interrogado trataba de dar á entender que los sacrificios se hacian por disposición del rey de los acolhuas, con que eran conocidos, como tengo dicho en el primer tomo, los habitantes del valle de Méjico; pero Grijalva creyó que el indio le decia el nombre de la isla en que estaban, no percibiendo mas que la voz *ulua*. La coincidencia de llamarse el jefe español Juan, y ser dia de San Juan el de su llegada, hizo que al nombre de *ulua*, que creia era el que los indios daban á la isla, agregase el suyo, quedándole desde entonces á la islita el nombre de San Juan de Ulua.

Buena acogida de los indios á los castellanos. Deseando Grijalva establecer el comercio de objetos entre los indios y sus soldados, hizo que parte de la gente saltase á la tierra firme. El sitio era arenoso y ardiente, y los castellanos, para guarecerse de los rayos de un sol abrasador, construyeron, entre los calcinados arenales, frágiles chozas de cañas y enramada.

La playa de la tierra firme en que saltaron y las islas en que se hallaba anclada la escuadrilla, pertenecian al imperio mejicano.

Al saltar á tierra los españoles, los indios pintaron en grandes hojas de una especie de papel hecho de una planta llamada maguey, sus barcos y sus personas, con eficaz solicitud.

Recibe Moctezuma la noticia de la llegada de los españoles. Moctezuma, emperador de Méjico, recibió inmediatamente, de parte de los gobernadores que tenia en las poblaciones de la costa, la noticia de la llegada de los extranjeros.

Por medio de las pinturas enviadas con la misma noticia, vió el traje y el aspecto de los españoles, y la forma de los buques en que habian llegado.

El monarca mejicano, sobresaltado con la alarmante nueva, no se atrevió, como tengo ya consignado al hablar del reinado de Moctezuma, á tomar resolucion ninguna sin consultar con los reyes de Tacuba y de Texcoco, sus constantes aliados, y con el señor de Iztapalapan, que era hermano suyo.

Puesto en conocimiento de sus egregios aliados la aparicion de los extranjeros y sus buques en la costa, convinieron, despues de una larga conferencia, que los poderosos

hombres barbudos, blancos y de brillantes armas que habian llegado en los raros bajeles que dibujados veian, no podian ser otros que los que acompañaban al dios del aire Quetzacoatl.

Presentes que envia Moctezuma á Grijalva. Moctezuma, dominado por el sentimiento religioso, en vez de dirigir á sus gobernadores órdenes belicosas contra los españoles, encargó que les guardasen las mas altas consideraciones, y envió de la capital de Méjico varios comisionados con ricos presentes para ellos.

Grijalva ignoraba lo que en Méjico se disponia, y antes de que llegasen los enviados con los ricos presentes, dispuso abandonar aquellos sitios para continuar recorriendo la costa en busca de nuevas poblaciones.

No queriendo retardar por mas tiempo las buenas noticias que tenia que comunicar al gobernador Velazquez respecto de los importantes descubrimientos, dispuso que D. Pedro de Alvarado marchase á Cuba con todo el oro adquirido, y entregándoselo, le diese cuenta circunstanciada del éxito de la expedicion.

D. Pedro de Alvarado partió en uno de los cuatro bajeles, y poco despues se dirigia Grijalva, con los tres restantes, en busca de nuevas poblaciones en el litoral del vasto país que tenia á la vista.

Lleva Pedro de Alvarado noticias á Velazquez de los nuevos descubrimientos. Entre tanto el gobernador de Cuba, temeroso de que la escuadrilla, de la cual no tenia razon ninguna, hubiese perecido, envió á don Cristóbal de Olid con un buque para que, siguiendo el rumbo que la expedicion habia llevado, averiguase lo que le habia acontecido. Olid se

hizo á la mar; pero combatido á poco por un horrible temporal, tuvo que arribar á Santiago de Cuba, de donde habia salido. Pocas horas despues entraba en el mismo puerto D. Pedro de Alvarado.

La llegada de este capitan, las noticias que llevaba de la riqueza del país que se habia descubierto y la cantidad de oro que presentó como muestra, llenaron de satisfacción á D. Diego Velazquez. Sin embargo, cuando supo que no se habia poblado por españoles ningun punto de la rica tierra descrita, se indignó altamente contra su pariente Grijalva, acusándole de inepto y desobediente, siendo así que le habia ordenado que únicamente reconociese el país y entablase comercio con sus habitantes.

Mientras el injusto Diego Velazquez, cuyo carácter altanero y variable era temible, se deshacia en quejas contra su pariente y aun mandó formarle proceso, Grijalva, celoso del cumplimiento de su deber, seguia sus descubrimientos por el Golfo Mejicano. Costeando hácia el Norte, y llevando á la vista las dos sierras de Tuxtla y de Tuxpa, llegó la escuadrilla al rio de Pánuco, en cuya boca anclaron los tres bajeles. Como no habia aspecto ninguno hostil por aquel sitio, los españoles no tomaron precauciones ningunas y se entregaron al descanso. En aquellos momentos de confianza y de descuido se dirigieron rápidamente gran número de enormes canoas, llenas de guerreros indios, armados de lanzas, espadas, arco y flechas, hácia el sitio en que estaba el barco mas pequeño, y al mismo tiempo que arrojaron una lluvia de flechas sobre los tranquilos soldados que en él estaban, se lanzaron á cortar las amarras para llevárselo. El capitan don

Alonso de Avila, que mandaba el buque, trabó, acompañado por su gente, un terrible combate con los agresores que habian logrado ya cortar una amarra. Grijalva marchó inmediatamente con los otros dos buques en auxilio de Avila, que ya habia echado á pique dos de las enormes canoas que le atacaron, y arrojándose sobre las restantes las destrozó completamente, salvándose muy pocos de los guerreros indios.

Libre Grijalva de contrarios, levó anclas, y poniéndole á aquel sitio el nombre de *Rio de las Canoas*, en memoria de la accion con los guerreros que con ellas le atacaron, continuó la navegacion por la costa. Los vientos empezaron á ser contrarios, y con ellos el peligro se hacia inminente en aquellos mares. El jefe español, considerando el estado de fatiga en que se encontraba la tripulacion, viendo que los víveres empezaban á escasear y que uno de los barcos hacia mucha agua, resolvió volver á Cuba. Lo descubierto era suficiente para patentizar sus buenos servicios. El presente de oro enviado al gobernador Velazquez y las noticias que con D. Pedro de Alvarado le habia dado relativas á las ricas regiones descubiertas, debian haber dispuesto favorablemente el ánimo del gobernador, inclinándole á confiarle otra expedicion mas importante al mismo sitio. Estas lisonjeras ilusiones ocupaban la mente del pundonoroso Grijalva mientras se dirigia lleno de satisfaccion á Cuba. ¡Engañosas esperanzas! En vez del premio á que se habia hecho acreedor con su leal conducta y fidelidad, le esperaban la injusticia y la reprension de un iracundo y capcioso gobernador.

Grijalva llegó al puerto de Santiago de Cuba el 15 de

Noviembre de 1518, despues de una ausencia de seis meses de privaciones y trabajos. Él fué el primero que tuvo la gloria de poner su planta en el poderoso, vasto y rico suelo mejicano, y el primero que abrió amistoso comercio con los aztecas. Hombre de levantados pensamientos, de grande ánimo y de un valor á toda prueba, cumplió, como noble caballero, con las órdenes recibidas de su pariente Velazquez. Su honroso comportamiento fué la causa única que le hizo perder, sin embargo, el favor de aquel á quien acababa de servir lealmente.

Desde que el capitán D. Pedro de Alvarado se presentó al gobernador de la isla de Yucatan y Ulua. Cuba, con las abundantes piezas de oro enviadas por Grijalva para manifestar la importancia de la tierra descubierta, el corazon de Velazquez se regocijó con la idea de un porvenir de gloria, de distinciones y de riqueza. Temiendo que álguien le arrebatase la empresa, tomó la resolucion de disponer otra armada sin esperar la vuelta de su pariente.

Para atraer á su favor la opinion y el apoyo de las personas de mayor influjo en España y en la América, envió á la isla de Santo Domingo, á D. Juan Saucedo, á solicitar licencia de los padres gerónimos para aprestar una flota con el fin anhelado. Mientras D. Juan Saucedo ponderaba la importancia del país nuevamente descubierto y los ópimos frutos que alcanzarían la religion y la corona de la realización de la empresa, Velazquez envió á España á su capellan D. Benito Martinez, con el quinto real del oro traído de las costas mejicanas y con una carta para el obispo de Búrgos D. Juan Fonseca, que era su protector,

y el todo, por decirlo así, en las resoluciones de los asuntos referentes á la América. Velazquez ponderaba las grandes utilidades que esperaba proporcionará la corona con los grandes descubrimientos hechos; hacia mérito de habergastado gruesas cantidades de su tesoro particular para aprestar la flotilla enviada al mando de Grijalva; solicitaba plenos poderes para continuar sus descubrimientos, y pedia por recompensa de sus servicios, el título de Adelantado de todas las tierras que conquistase.

Ambicioso y osado, no se detuvo á esperar la resolucion de la corte á su solicitud. Antes de saber la opinion del gobierno y de recibir respuesta alguna, empezó con actividad los preparativos para enviar una segunda expedicion que diese los resultados por él apetecidos.

Hernán Cortés, el elegido por Velazquez, jefe de la expedicion. Velazquez meditaba en el hombre que reuniese las cualidades necesarias para confiarle la importante empresa de que esperaba los mas brillantes resultados, y que contribuyese al mismo tiempo con su fortuna á los gastos de la armada. Por fin vino á fijarse en una persona que se hallaba en una buena posicion social y que habia manifestado valor y talento en las conquistas de la isla de Santo Domingo y Cuba.

El caudillo elegido para realizar la grande empresa fué Hernán Cortés. Llevaba estrecha amistad con D. Amador de Láres, contador del rey, y con D. Andrés de Duero, secretario de Velazquez; y viendo éstos en él un caballero de recomendables cualidades para la empresa, ponderaron las dotes relevantes del favorecido, y recomendaron al gobernador las favorables condiciones de su candidato.